

buen Superior; y lo que es para mí se paró tan mal el negocio, que estuve para abandonar la empresa y escaparme á casa.»

«Pedí limosna á alguna gente ociosa de las tiendas, y me hizo ver el demonio caras tan feas y miradas tan significativas, y oír tan secas repulsas, que por un momento me aparté de mis compañeros y me escondí entre unos coches que estaban parados en la calle; y allí me detuve á meditar un poco cómo podría escurrirme y volverme á casa. Pero mi buen Dios se compadeció de mi flaqueza y me socorrió en tan grave peligro, inspirándome un buen momento que mirase fijamente al P. Provincial, y considerase que no era de mi humilde condicion, sino de una de las más distinguidas familias del mundo; y su ejemplo fue bastante para ponerme en carril y sentirme capaz de exponerme con él á la más formidable prueba del amor propio.» Hasta aquí el Padre Pizzi.

Á pesar de haber puesto el P. Pignatelli con tanta rigidez el noviciado, no dejaba Dios de enviarle almas generosas que ardían en deseos de servirle con perfeccion. De toda Italia partían numerosos ex-jesuitas, así del país como extranjeros, deseosos de abrazarse de nuevo con su madre; y ofrecieron un espectáculo sobre manera grato á los ojos de Dios, y admirable á los del mundo, el cual no pudo menos de aturdirse á la vista de tamaña generosidad y constancia de afecto.

Más de treinta años habían transcurrido desde que lanzados con violencia al siglo, vivían en plena libertad y dueños de sí mismos, unos entre las delicias y comodidades de la poderosa casa paterna, otros en cargos honrosos y lucrativos, respetados del pueblo, amados de príncipes eclesiásticos y seculares, y en posesion de alta y bien merecida fama de literatos; y á pesar de todo esto, firmes siempre en su santo propósito, nada deseaban tanto como abandonar todas estas comodidades, y emprender de nuevo una vida austera, laboriosa y oscura en la Compañía de Jesús.

Tales eran los hombres que se presentaron ó enviaron sus cartas al P. Pignatelli suplicándole que los agregase á la Com-

pañía: y fueron tantos, que tuvo que irse á la mano en admitirlos. Á algunos, que estaban ya ligados á la cura de almas y prestaban notables servicios á la Iglesia, rehusó abiertamente recibirlos; á otros los remitió á mejor tiempo; y por último consoló á otros prometiéndoles ser admitidos cuando la Compañía se restableciese en todo el orbe con autoridad apostólica.

Los que de presente recibió, fueron los necesarios para cubrir las cargas del momento y nada más, teniendo tambien la mira á la renta anual de que se podía disponer para mantenerlos, y procurando que todos fuesen hombres de mérito singular, quién por un estilo, quién por otro.

El H. Santiago Annoni refiere á este propósito un dicho del Venerable, que demuestra lo seguro que estaba del pronto restablecimiento de la Compañía en toda la Iglesia. Dice así el citado Hermano: «Á algunos Padres, así españoles como americanos, que estaban en Roma, y habían pedido unirse á la Compañía restaurada en Nápoles, no les permitió que fuesen allá; y los exhortó á permanecer en Roma, diciéndoles que vendría tiempo, en que se tendría necesidad de ellos allí en Roma: con lo cual permanecieron tranquilos aguardando esta coyuntura que él les anunciaba. En efecto llegó la ocasion, en que hubo verdadera necesidad de echar mano de aquellos Padres, ya para enviarlos á España á petición del rey Fernando VII, ya para la apertura de las casas y especialmente del noviciado en Roma.»

Entre los personajes ilustres, que se incorporaron en la Compañía, es digno de particular mencion el ya citado P. Juan Andrés Avogadro. Nacido de familia patricia y senatoria en Venecia, y creado obispo de Verona por Pío VI después de la supresion de la Compañía, en que era ya profeso, regía con igual celo que prudencia su iglesia hacía muchos años, y de su nombre se conservó allí grata memoria por largo tiempo. Restaurada ahora la Compañía, suplicó á Pío VII le otorgase la licencia de hacer renuncia de su sede episcopal y entrar de nuevo en la religion; pero nada consiguió: pues el Papa, que conocía muy

bien las virtudes de tal prelado, se negó repetidas veces á complacerle. No por eso desistió el buen obispo; y tanto pidió y multiplicó cartas y súplicas, que al fin obtuvo el deseado Breve, en el cual dice el Pontífice, que *ægre ferreque invite* le concede la licencia. Depuestas sin demora las insignias episcopales, voló á Nápoles, y vistió la sotana de la Compañía con indecible consuelo de su alma.

No fue este solo el que depuso la mitra para volver de nuevo al retiro de la Religión entre los trescientos que pidieron ser admitidos. Lo cual obligó al marqués de Tanucci, hijo del ministro, á exclamar: «Nada extraño es que muchos abracen la religión para llegar al episcopado; pero es cosa inaudita que obispos abandonen su dignidad para hacerse jesuitas.»

Volviendo un día á casa el ya P. Avogadro con el P. Pignatelli, empezó á encomiar la union, paz, órden y observancia que florecía entre los Padres de las casas de Nápoles; y dirigiéndose al P. Provincial, le dijo: «Todo se debe á V. R., que hace tanto por nosotros.» Ruborizóse á estas palabras el modesto Padre, y con aire de disgusto le respondió: «Callad, por amor de Dios, Padre mío, que vuestras palabras me ofenden;» y prosiguió diciendo mil cosas en desprecio propio.

Pero ya que tanto se despreciaba á sí mismo el humilde Padre, tomaba Dios por su cuenta el ensalzarle á los ojos de sus súbditos con la operacion de milagros y el conocimiento de los corazones. Entre los milagros escogeré dos comprobados por muchos testigos. Este año de 1805 el H. Santiago Annoni, cocinero en el colegio de Nápoles, padeció una fuerte fluxion en la cabeza, que no curada á tiempo, le cayó al ojo izquierdo, y le dejó casi ciego, y con tan terrible incomodidad por la accion de la luz, y con tan vehementes dolores, que tuvo que meterse en cama y permanecer siempre á oscuras. Observáronle los médicos y cirujanos; y convinieron en que tenía una catarata, y que era preciso dejarla madurar para hacerle la operacion.

Condujéronle en tal estado á la casa profesa; y encontrándose con el P. Pignatelli, este le exhortó á que confiara en Dios, y le

prescribió que se lavase el ojo enfermo con sola agua natural. Obedeció el Hermano, y en breve tiempo recobró la vista y se puso bueno. Por esta y por otras semejantes pruebas, de que tenían experiencia, estaban siempre prontos y atentos todos los de casa á ejecutar exactamente lo que les ordenaba el Siervo de Dios: porque sabían que el Señor acudía con prodigios á hacer eficaces sus palabras.

Más admirable es aún el otro suceso. Andaba el H. José Lausal<sup>1</sup> buscando un devoto niño Jesús para exponerle á la veneracion en la iglesia; y habiéndole dicho que el P. Provincial tenía uno de grande mérito y muy precioso, se resolvió á pedirselo. El P. Pignatelli, que era devotísimo de la santa infancia de Jesús y tenía en mucho aprecio aquella efigie, mostró al principio un poco de disgusto en privarse de ella, especialmente en aquellos días de Navidad; pero al fin vencido de las repetidas súplicas del Hermano, se la cedió, encargándole que tuviese gran cuidado con ella, y á su tiempo se la devolviese como la llevaba.

Colocado el santo Niño en el altar mayor de la iglesia, un día le cayó encima un candelero muy pesado, que le hizo añicos; y el pobre H. Lausal, que todo se lo esperaba menos aquello, recogió los pedazos en un pañuelo, y con grande confusion fue á presentárselo al P. Provincial y contarle lo sucedido. El santo varon, al ver aquel destrozo, se conmovió, y dijo al Hermano: «¿No os lo decía yo que me ibais á romper el Niño? Pero vamos: hagamos oracion.»

Rezaron algunas preces: y al concluir las, tomó el Padre en las manos aquellos pedacitos, y acercándolos unos á otros, los reunió todos, ó mejor dicho, ellos se reunieron de tal manera, que de repente apareció la estatuita tan entera como ántes; á cuya vista el Hermano quedó como atónito, y no pudo menos de decir al Padre: «V. Reverencia acaba de hacer un milagro.» Entonces

<sup>1</sup> Nació en 27 de Mayo de 1753, y entró en la Compañía á los 27 de Setiembre de 1805, de 52 años de edad, segun el Catálogo impreso en Roma en 1815.

el Siervo de Dios le convidó á dar gracias al cielo, y le mandó en virtud de santa obediencia que no descubriese á nadie aquel suceso mientras él viviese.

Contaba el ya citado P. Tomás Pizzi, que siendo novicio en Nápoles, varias veces le había llamado á parte el P. Provincial Pignatelli y preguntádole cómo estaba; y al oír la respuesta que «muy bien,» replicaba el Siervo de Dios: «No; de cuerpo estás bien, pero de alma no es así:» y descubriale toda la llaga que se escondía en su seno.

Otra vez fue dicho P. Pizzi en busca del P. Mozzi para exponerle una duda de conciencia, que le daba mucho que hacer; y hallando en su aposento al P. Pignatelli, hizo ademán de marcharse para no estorbarlos; pero el Padre no le dio tiempo; y mandándole entrar, le miró fijamente, se sonrió, y le dijo: «No tengáis cuidado, que es un escrúpulo.» Euese por cortedad ó por otro miramiento, el buen novicio fingió no entender la frase y tener que hablar de otras cosas con el P. Mozzi; y así rogó al P. Provincial que se quedase allí, que él volvería, porque la cosa no era urgente. Entonces el P. Pignatelli, «Sea lo que fuere,» dijo, «os dejo en libertad; pero sabed que es un escrúpulo:» con lo que el novicio, sabedor de lo que le pasaba por dentro, quedó no poco corrido.

La solicitud del Siervo de Dios se extendía no solamente á los que en la actualidad eran súbditos suyos, sino también á los que lo habían sido en tiempos anteriores. Pruébalo la siguiente carta al P. Venturi, vuelto de Polotsk á Odessa, de donde había pasado á Tina<sup>1</sup>. Dice así: «Nápoles, 7 de Octubre de 1805. — Muy Rev. en Cto. Padre. — *P. C.* — Día de particular consuelo fue para mí el Domingo 6 del corriente, en que recibí la muy apreciada carta de V. R., fechada en Odessa el 30 de Julio [11 de Agosto]. Desde mucho ántes de su partida de Polotsk no había recibido carta de V. R. Supe sí que estaba destinado á Odessa, y sucesivamente cuánto se dignaba el Señor bendecir sus fatigas

<sup>1</sup> Tina ó Tino, isla cercana á Sira en el Archipiélago griego.

y santo celo en el cultivo de aquella su viña; por lo cual di gracias á la divina Bondad, deseándole aquellas bendiciones del cielo que V. R. puede pensar.»

«Hoy veo su nueva destinacion á Tina. El terreno no es malo: espero que dará fruto la santa semilla que por mano de V. Reverencia sembrará el cielo. Estaremos más cerca: y quién sabe si por la vía de Venecia podremos entablar alguna correspondencia. Voy á probarlo desde la semana que viene. Entretanto dirijo estas cuatro líneas á Polotsk, como V. R. me indica.»

«Al P. Nicolás Grassi, que está de maestro en el colegio de Nobles en Parma, enviaré las memorias de V. R. Á Mai y Cavazza, se las he dado aquí. Cavazza este mes tendrá que pasar á Palermo: Mai quedará aquí: ambos, maestros de humanidades. El P. Panizzoni, que está en esta casa profesa, devuelve á V. Reverencia sus cordiales saludos; y yo, remitiéndome á la que le enviaré por Venecia á Tina, en la cual le daré más noticias, me encomiendo en sus santos sacrificios, y quedo siempre — de V. R. — Indigno Siervo en Cristo — JOSÉ PIGNATELLI.»

No se limitaba la accion del P. Pignatelli á solo el reino de Nápoles, sino que se extendía al ducado de Parma, de donde había salido, y al reino de Cerdeña, en que se trataba de restablecer la Compañía. Á Parma, como vimos, habían pasado algunos Padres<sup>1</sup> para sustituir en la enseñanza á los que de allí habían ido á Nápoles, con algun disgusto de los franceses, aunque el nuevo estado de cosas ofrecía allí poca ó ninguna seguridad.

En efecto: el 15 de Julio escribía el P. Luengo<sup>2</sup>, que ya el imperio francés se había agregado el ducado de Parma, Plasencia y Guastalla, y luégo se apoderó de todos los bienes eclesiásticos; y en 8 de Setiembre añade, que si bien se conservaba el seminario de nobles, trasladado á la ciudad de Parma; pero á los convictorios de Parma, Plasencia y San Domnino se les ha-

<sup>1</sup> P. LUENGO, *Diario*, Tomo 39, pág. 142.

<sup>2</sup> *Ibid.*, págs. 198 y 203.

bían retirado las pensiones señaladas por el difunto duque, que eran de tres mil reales por persona<sup>1</sup>.

Á principios de Setiembre estuvo en Nápoles el rey de Cerdeña Victor Manuel, que desde mucho tiempo residía en Gaeta. Fuele á visitar el P. Pignatelli, acompañado de los PP. Biasini y Andrés, y fueron recibidos del bondadoso rey con mucho agrado<sup>2</sup>, quedando desde entonces reanudada la antigua amistad contraída con dicho monarca por el P. Pignatelli en la corte de Turin.

El resultado de esta entrevista se vio al cabo de poco tiempo. Á fines de Noviembre pasó desde Cáller á Nápoles el P. Piras á tratar con el P. Pignatelli del restablecimiento definitivo de la Compañía en aquel reino, por el cual suspiraban con vivas ansias los reyes de Cerdeña<sup>3</sup>. Diéronse buenas esperanzas; pero los acontecimientos que á no tardar se realizaron en el reino de Nápoles, obligaron al P. Pignatelli á suspender la obra á que iba á dar principio en la isla de Cerdeña.

Ya por este tiempo asomaban en el horizonte napolitano algunos nubarrones, tristes presagios de próxima tormenta. En 20 y 21 de Noviembre desembarcaron en aquel reino millares de ingleses y rusos, coligados contra el emperador francés, y se esperaba el desembarco de otros. Aunque protestó el rey Fernando que quería conservarse neutral, dióse por ofendido Bonaparte, y desde luégo se entendió el peligro de próxima guerra y de nuevos trabajos para los jesuítas<sup>4</sup>. Colocaron estos su esperanza en el cielo y en la proteccion del P. Francisco de Jerónimo, sobre cuyos milagros se intimó una Congregacion el 3 de Diciembre de este año de 1805<sup>5</sup>.

<sup>1</sup> P. LUENGO, *ibid.*, pág. 284.

<sup>2</sup> *Id.*, *ibid.*, pág. 291.

<sup>3</sup> *Id.*, *ibid.*, pág. 470.

<sup>4</sup> *Id.*, *ibid.*, págs. 402 y 476.

<sup>5</sup> *Id.*, *ibid.*, pág. 435.

## CAPÍTULO VII

Amenazas de Napoleon á los reyes de Nápoles. — Entereza del Padre Pignatelli. — Huye la corte á Sicilia. — Entrada de José Bonaparte en Nápoles. — El Siervo de Dios y los alojados en la casa profesa. — Visita de los Superiores de las órdenes religiosas al nuevo rey. — Reflexiones acerca de la futura suerte de los jesuítas napolitanos. — Conducta del P. Pignatelli. — Beatificacion del Ven. P. Francisco de Jerónimo. — Ármanse asechanzas á los jesuítas. — Fallecimiento de la condesa de la Acerra. — Disposiciones poco favorables del Gobierno. — El P. Juan Andrés, custodio de la biblioteca real. — El juramento de fidelidad al nuevo rey. — Buena disposicion de este con los jesuítas. — Una carta del Siervo de Dios.

1806

Cuando con más próspero viento seguía su curso la Provincia de Nápoles, vinieron á realizarse los tristes presentimientos y temores de una terrible y ya próxima borrasca. Habíase formado contra Napoleon, nuevamente erigido en emperador, la coalicion formidable de Inglaterra, Rusia, Austria y Suecia, á las cuales potencias se había unido Nápoles á instancias de la reina Carolina.

Enojado el emperador, le dirigió la siguiente amenaza: «Á la primera guerra de que V. M. sea causa, V. M. y sus descendientes habrán dejado de reinar, y vuestros hijos errantes mendigarán el socorro de sus parientes por las diversas comarcas de Europa.» Y como en el tratado de Presburgo exigiera Austria